

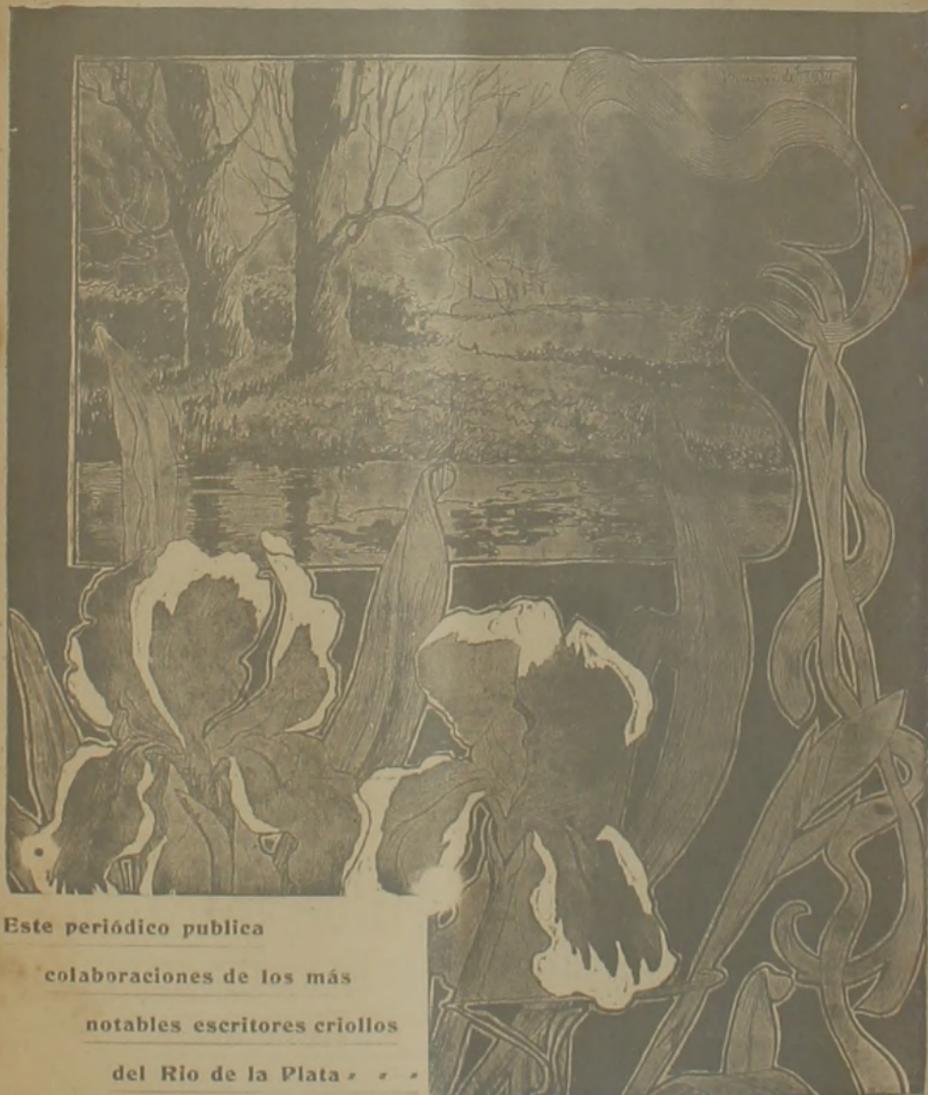
DIRECTOR:
ALCIDES DE MARIA

EL FOGON

ADMINISTRADOR:
ENRIQUE DE MARIA

PERIÓDICO CRIOLLO, ILUSTRADO - ÚNICO EN SU GÉNERO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: VAZQUEZ 106



Este periódico publica
colaboraciones de los más
notables escritores criollos
del Rio de la Plata . . .

Pildoras^{de} Catramina

BERTELLI

PREMIADAS CON MEDALLA DE ORO
en las Exposiciones Médicas y de Higiene

Son sumamente recomendadas
por muchísimas notabilidades Médicas contra las

TOSES y los CATARROS

en las enfermedades de los bronquios y pulmones, en las enfermedades de la vejiga,

INFLUENCIA, y las ENFERMEDADES de las VIAS RESPIRATORIAS

LARINGITIS - EXTINCIÓN DE LA VOZ - BRONQUITIS - PULMONIA - ASMA

TOS CONVULSIVA, TOS FERINA - CATARROS DE LA VEJIGA.

Las Pildoras de Catramina Bertelli tienen un sabor agradable, son muy solubles y ayudan la digestión. •

SE VENDEN EN TODAS LAS FARMACIAS DEL MUNDO

UNICO CONCESIONARIO:

JOSÉ PERETTI
MONTEVIDEO



ANTAGRA-BISLERI

CURA RADICAL DE LA GOTA
y DIÁTESIS URICA

El tratamiento consta de dos frascos: Periodo agudo,
frasco N.º 1. — Cura radical, frasco N.º 2.

VENTA EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

Concesionario: JOSÉ PERETTI; Calle Buenos Aires, 202--MONTEVIDEO

EL FOGÓN

PERIÓDICO CRIOLLO ILUSTRADO — ÚNICO EN SU GÉNERO

DIRECTOR:

ALCIDES DE-MARÍA

FUNDADO EL AÑO 1833

ADMINISTRADOR:

ENRIQUE DE-MARÍA

COLABORADORES LITERARIOS

Dr. Elias Regules, Dr. Martiniano Leguizamón, Ricardo Palma, Francisco Pisano, Guzmán Papini y Zás, Enrique De-María, Dr. Manuel Gachelro, Era, Dorila Castell de Orosco, Vicente Rossi, Antonio D. Lussich, Stas. Aura De-María, Ernestina Méndez Reissig, Mercedes Pujato Orosco, Antonina de Medina y Jacinta Rey Azopardo, José A. y Trelles, Juan S. Scayola, Ramón Martín Godofredo Dalreux, Luis Martínez Marcos, Fedro Erasmo Callorda, Sergio Bernúdez, Anibal Curán, Orosmán Moratorio, Leandro O. Arrarte Victoria y Domingo V. Lombardi.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN LA REPÚBLICA		EN LA ARGENTINA		m/n
Por mes	\$ 0.50	Por mes	\$ 1.00	
Por año	= 5.00	Por año	= 10.00	
Número sueldo	= 0.14	Número sueldo	= 0.25	

A la jura de la Constitución de la República

EL 18 DE JULIO DE 1830

Orientales! con júbilo santo levantemos erguida la frente saludando la luz esplendente que se esparce del trono de Dios, que ella emana del sol que la patria vió lucir con más grande alborozo al jurar nuestro Código hermoso de los libres alzando la voz.

Desde entonces, el coro del mundo saludó la nación constituida, y de entonces la patria querida ante el mundo orgullosa se irguió, porque aquellos ilustres varones que ese libro precioso labraron, en la dicha no más se inspiraron de la patria que cuna les dió.

Allí estaban Ledesma, Barreiro, Sierra, Blanco, Pereira y Laguna, Berro y Gavia, en la misma tribuna donde Ellauri levanta su voz, y junto a ellos Zudañez, Chucarro, Lamas, Pérez, Graceras y Diago condenando la ley del esclavo con Antuña, Masfisi y Muñoz.

Allí estaban Lapido y Fernandez, Nuñez, Costa, Pagola y García, proclamando «no hay más gerarquía que el talento virtud y sabera; y Ulurbey que con Vázquez y Haedo, Zubillaga, Vidal y Gadea, los apóstoles son de la idea que a la patria da gloria y poder.

Allí lucen también congregados, sin que nada su empeño resarza, Luz, Cortina, Llambi, Echevarriarza y el no menos patriota Payan; y con ellos también Julian Alvarez demostrando su vasta elocuencia

con los rayos de luz que su ciencia, su talento y virtudes le dan.

Son los treinta, que ufanos los pueblos eligieron en libres comicios, los honrados y leales patriotas que firmaron el Código aquel; los que ardiendo en un santo entusiasmo el augusto recinto pisaron do ese libro precioso dictaron de la gloria pisando el dintel.

Ellos forman el grupo patriota que al gran pueblo oriental simboliza; su legado, su gloria eterna; y hace a un tiempo su nombre inmortal; que ese libro contiene en sus fojas por sus puras conciencias escritas, entre aureolas de luz infinitas la grandeza del pueblo oriental.

El consagra el derecho del hombre a ser libre, feliz é ilustrado, y estimula con noble cuidado al estudio, que es fuente del bien; el señala y descubre a la patria de su dicha los hondos arcanos, y refrena a la vez los tiranos que intentaren mancharle su sien.

Aprendamos en él afanosos lo que enseña su santa doctrina, que es la senda feliz que encamina al progreso, la gloria y la paz; y otro culto a su grata memoria no podemos rendir más ferviente que grabar su recuerdo en la mente, sin que de ella se borre jamás.

ALCIDES DE MARÍA.

Histórico

Estábamos en una de las capitales de provincia, cruzando el cuarto año de estudios secundarios en el colegio nacional donde habíamos llegado llenas nuestras cabezas juveniles de esas risueñas ilusiones para el porvenir, propias de la edad temprana, acariciando un futuro de ensueños bonancibles, plétorico de ventura, y haciendo comentarios á cual más gratos de nuestro mañana, donde veíamos preñado el horizonte de dichas y sonrisas. Nos encontramos en esa edad bendita, en que las espinas morales pinchan como es natural pero sin dejar siquiera huella en el alma, y la memoria, transcurrido un instante, no conserva ni un débil recuerdo. Todo es pasajero en esa época de la vida; la felicidad y la tristeza, sólo que la primera se presenta más á menudo, porque entonces impera una ley especial que manda el espíritu ser feliz con cualquier cosa. Del dolor no se conoce sino el nombre sin acertar á comprender bien ni la acepción, ni el significado de la palabra.

Llevábamos una vida completamente bohemia en nuestro alojamiento, aun cuando fuera de él aparentábamos gozar de una posición más que desahogada.

Eramos cuatro los que vivíamos en una pieza grande de una casa de pupilaje y las mensualidades que recibíamos de nuestros padres, dado el derroche que de ellas hacíamos, apenas cubrían nuestros gastos de medio mes, excepción hecha de la pensión que andaba al día, porque esta la satisficían directamente nuestros mismos padres.

Los habitantes en esta casa en común, se llaman Arturo, Alberto, Ricardo y yo, y á todos nos gustaba hacer alarde de una vida regalada y llena de comodidades.

El penúltimo, más bohemio que todos, se contentaba con usar aquellas ropas nuestras á que les tocaba estar libres, lo mismo que nuestra corbata y galerines, uno de éstos, el de su predilección, bastante fuera de moda. El cuerpo de Ricardo mostraba la singular anomalía de adaptarse espléndidamente á todas las medidas.

Nuestras cuentas, como fácil es comprenderlo, las pagábamos á medias, teniendo con frecuencia que molestar á los acreedores, un sin número de veces, ya sea porque los veíamos á tiempo y entonces jamás nos encontraban, ya sea, cuando no podíamos

escondernos, porque estábamos sin dinero, lo que sucedía á menudo.

Otras veces recurriamos á medios extremos para salvar nuestra insolencia y así sucedió con un almacenero que por desgracia suya y para mal de sus recursos, vino ha establecerse en la esquina á media cuadra de nuestro domicilio, cometiendo el craso descuido de abrirnos crédito en su casa, de cuyo crédito, demás está decirlo, abusamos hasta el *remache*.

Peró un día el buen señor resolvió poner valla á nuestros desmanes y zondar el *lleno ó vacío* de nuestros bolsillos, y nos adjuntó por medio de un dependiente y á cada uno por separado, nuestras cuentas. Nos mostramos amables con el dependiente teniendo en cuenta aquello de que «mandado no es culpado», y le dijimos que notando en las adiciones enviadas ciertas deficiencias queríamos viniere el mismo dueño para arreglarlas; vino este al poco rato acariciando la grata idea de que pronto se encontraría poseedor del dinero cobrado, sin pensar que el recibimiento que le guardábamos iba á diferir del anterior en mucho. Lo esperamos, pues, hostilmente: Alberto armado de un rifle digno de figurar en un museo de antigüedades y que había pertenecido á un jefe que lo usó en una campal batalla, de la que por desgracia no se conserva memoria; el resto de la *colonia* á falta de armas capaces de atemorizar nos proveímos de almohadas y algunos otros pertrechos inofensivos, los cuales todos fueron á chocar contra la cabeza de nuestro desventurado acreedor.

No tomó el italiote actitud de defenderse, pero en cambio juró por la *Madona* y *San Genaro* se vengaría de Alberto por haberle apuntado con el rifle viejo, y el juramento equivalía á una sentencia de muerte, pues podía cumplirse.

Alberto era el más high-life de todos nosotros y su lujo no lo dejaba ni para ir al colegio, del que estábamos á unos pasos, y un día que iba vestido á la *dernier* con su habitual galera, lo espera el almacenero oculto en la misma esquina; quitándole al pasar el sombrero, corriendo con su presa de venganza dentro del mostrador para seguir al interior donde no era posible perseguirlo. Ni gritos, ni retos, amenazas, ni la promesa de cancelar las cuentas, lo enternecieron al bien nacido hijo de Calabria para devolver el objeto quitado.

Alberto fué víctima, y parece insignificante, no obstante fué una terrible venganza, pues sin sombrero, quedó imposibilitado para salir á lucirse á la caída de la tarde como sabía hacerlo

hasta recibir nuevamente fondos con que reponer el objeto perdido.

Esta amarga expectativa duró quin-
ce crueles días!

X X.

Soledad!

(DE «BRONCES QUE VIBRAN»)

Amo la soledad! Amo la soledad como la fiera ama el bosque donde oculta sus hijos; como el ave ama la inmensidad en donde triunfal bate sus alas. Si. La soledad es mi amada, es mi íntima desposada. Ella me da sus frutos. Algunos son concepciones que juzgo bellas; otros son abortos, son fetos que nacen prematuramente.

¡Qué bello es estar en brazos de la soledad! Cuántas cosas nos dice ella! cuántas concepciones bellas nos muestra! Oh! bendita soledad: ¡yo te amo! tú eres mi mejor amiga, mi única é infalible consejera.

Yo tengo por tí, místico fervor sin ser un neurasténico. Cuando estoy á solas es cuando vivo. Tú eres mi mejor compañera. La mejor después de la mujer. Ah! sí: la mujer y la soledad son mi delirio. Cuando estoy con mi amada, cuando me hallo con la mujer de mis pensamientos con esa que me hace gozar y sufrir, reír y llorar, dar y pedir, hablar y escuchar, quiero soledad, quiero calma; y cuando estoy solo, cuando en brazos de la soledad pienso, entonces ansío mi amor, quiero tener á mi lado á mi amada, quiero mirarme en sus ojos, oír su acento, escuchar sus quejas y sentir en mi rostro la caricia sutil de sus cabellos.

Mas, la soledad me vence. Reconozco su poder infinito sobre mí cuando me lleva á la lucidez suprema del pensamiento y me hace discurrir, me hace bullir el cerebro en un mar de ideas que se chocan...

Por eso amo la soledad. Por eso quiero estar solo. Por eso casi dudo

si la amo más á ella que á mi adorada. Pero amo á las dos. Una y otra son el lenitivo de mis penas, de mis pesares, de mis dolores! La soledad inspirándome, guiándome, haciéndome filosofar; mi amada alentándome, aconsejándome, engañándome dulcemente, y con su engaño inocente arrastrándome en pos de sí.

Oh! soledad bendida: sincera compañera del errante peregrino que cruza el mundo, como esas aves que se remontan al espacio en busca de lumbré, en busca de un anhelo que quizá no llegue á colmar en todo el tiempo que dure su paso por la tierra.

Yo te bendigo, que eres la única que cuando siento las nostalgias de mi hogar me das el consuelo de volver á él.

Yo te amo porque me dejas ensoñar en mis anhelos, en mis amores, en mis deseos de felicidad.

El hombre que no ama la felicidad, no tiene corazón, ni tiene alma. El linitivo del que sufre, del que piensa, del que elabora en su mente los frutos de su

cerebro, es lo soledad.

El pan del hambriento de ensueños que le hagan olvidar instantes siquiera, la realidad de la vida, es la soledad! Por eso á la soledad imploro en mis horas de dolor.

El bohemio, el misántropo, el filósofo, tienen por amada consecuente la soledad. Ella da los hijos más bellos del pensamiento. Ella es la inspiradora, del que siente latir en su pecho un corazón; ella es la fuerza que da vuelo al pensamiento.

H. W. KELLS.



Los parientes de mi mujer

—Tu negocio cómo salió? preguntaba un amigo á otro, al año siguiente de haberse casado.

—Hay de todo. Mi mujer es excelente; no tengo de qué arrepentirme; pero...

—¿Pero qué?

—No vale la pena de hablar del asunto.

—¿Has tenido quebrantos de fortuna?

—No es eso. Tal vez si los hubiese tenido tendria menos sufrimientos.

—¿Hombre, es cosa rara!

—Menos rara de lo que parece.

—Explicáte.

—Mi mujer, como tú sabes, tiene una parentela tan larga y cariñosa, que me tiene mortificado.

—¿Te estafan?

—Sí y no. No me piden un peso ja-

más; pero mi casa es un hotel. No hay día que no cuente quince ó veinte convidados. De éstos, unasson viejas fastidiosas y confiadas que se introducen hasta en mi dormitorio, y tienen á los sirvientes ocupados todo el día en mandados á la calle, y de noche en calentar agua y hacer infusiones para la tos, etc., etc.

—Eso es estretenido. Mientras no ataquen el bolsillo...

—¿Y los chismes? ¿Crees tú que no mortifica á un hombre oír criticar hasta el color de las medias que compra?

—Deja que siga la crítica, y sigue tú con toda indiferencia tu método de vida.

—Por muy moderado que yo sea, hay momentos que estoy á punto de perder la paciencia.

—Dime, ¿te suponen rico?

—Como un creso, y me motejan de tacaño porque no despilfarrow mi fortuna, según el parecer de ellos.

—Si me prometes ejecutar al pie de la letra lo que yo te diga, me propongo librarte de la plaga de parientes de tu mujer.

—Ya sé lo que me vas á decir; pero no quiero hacerlo. Mi mujer se disgustaría si echase á la calle á sus parientes.

—Nada de eso necesitas hacer. Por el contrario, los vas á tratar con el mayor cariño.

—Alguna locura se te ocurre.

—¿Si yo te dijera que la enfermedad que tú sufres es la misma que hubo de llevar al sepulcro todo mi dinero!

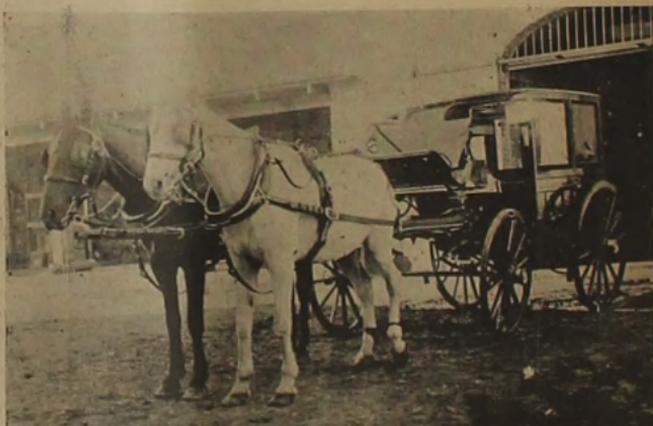
—¿Es posible?

—Sí. Ya ves que me casé antes que tú.

—Lo recuerdo.

—Pues bien: mi mujer es muy buena, pero sus parientes tomaron la casa por asalto, y por delicadeza sufrí cuanto puedes imaginarte.

—Te compadezco. Nadie esta en me-



jores condiciones que yo para conocer la enormidad de tales dolores.

—Busqué en la imaginación un recurso salvador, y no pude hallar uno que pareciera bien. Le expuse á mi mujer los apuros en que nos íbamos á ver si seguíamos alimentando vagos y mujeres desocupadas, para ver si ella tomaba alguna resolución; pero no dió resultado mi trabajo.

Mi mujer reconoció la justicia de mis observaciones; sin embargo, yo le conocía el disgusto que le causaba la idea de verse privada de los cariños de su parentela, y me callé.

—Lo mismo me sucede á mí.

—Pues bien: en tal situación, y meditando siempre en el modo de hallar un remedio al mal, sorprendí una con-

versación cierto día que me dió la clave de lo que buscaba.

—¿Te armaron algún enredo?

—Nada de eso. La conversación no se la oí á los parientes de mi mujer.

—¿Cómo fué entonces?

—Ya lo vas á saber. Junté cuantos pesos tenía, los deposité en un Banco sigilosamente; me entendí con un comerciante amigo mío, y una noche vine á mi casa, llamé á mi mujer aparte y le dije:

—Hija vengo desesperado; pero si quieres conocer el origen de mi desesperación, es necesario que antes me des palabra de perdonarme el delito que cometi.

—Te lo prometo, contestó tristada mi mujer.

—Gracias; escúchame. Nunca fui apasionado al juego; pero hoy tuve la mala ocurrencia de entrar en una casa de juego, y perdí cuanto dinero tenía.

Desesperado, y creyendo recuperar lo perdido, pedí dinero sobre nuestros muebles, y lo perdí también. Mañana vienen á buscarlos; no nos quedarán más que las camas.

—Mi mujer reflexionó, y en seguida dijo:

—Mis parientes todos son ricos, y creo que, en vista de tal desgracia, cualquiera de los que viven con nosotros se apresurará á facilitarme el valor de los muebles, y una suma conveniente para que tu trabajes.

—Nos salvaríamos de la vergüenza de tener que entregar los muebles y de una momentánea miseria.

—¿Me autorizas para que les hable?

—No hay más remedio; bastante lo siento, pero hazlo.

—No te apures; el más pobre de ellos tiene cincuenta ó sesenta mil pesos de capital.

—¡Que desgracia, mujer!

—No te mortifiques; mañana en cuanto nos levantemos, al tomar el té, todo se arreglará.

No se habló más.

Al día siguiente, antes de levantarnos, ya estaba mi amigo en la puerta de mi casa con tres carros de mudanza vacíos preguntando por mí.

—Mi mujer reunió á todos los parientes en la sala, mientras yo hice sentar á mi fingido acreedor en el comedor. Diez minutos habían pasado cuando mi mujer me llamó.

—Está todo arreglado, me dijo; todos acaban de salir, disputándose el derecho de servirmos.

—¿A qué hora volverán?

—Los que tienen el dinero en el Banco no volverán hasta las once; los que lo tienen colocado en otros lados estarán aquí antes que pase una hora.

—¿Voy entonces á decir á mi acreedor que venga á la una á llevar su dinero?

—Delas diez en adelante, cuando quieras, dijo mi mujer, reboando de satisfacción.

Volvi al comedor y despedí á mi amigo diciéndole que pagase á los carreros, y que viniese á la una, trayendo el vale de mil quinientos pesos que yo le había firmado.

A la una en punto mi acreedor estaba en casa; pero de los parientes de mi mujer no tenía más noticias que los papelitos que traían los changadores, con la orden de que se les entregase la ropa que habían dejado, exponiendo cada uno un pretexto.

—Mi mujer estaba pálida como un cadáver; mi amigo, silencioso y con el vale entre los dedos como un acreedor impaciente.

De pronto se levantó y dijo:

—Creo que será hora de que arreglemos este asunto.

—Sí, señor; permítame un momento, le contesté saliendo de la sala y haciendo una seña á mi mujer para que me siguiera.

—¿Qué hacemos? le dije.

—No sé; todos son unos canallas, por lo que veo.

—¿Pero no te prometieron volver?

—Sí; pero ya ves lo que sucede; no volverán.

—Volverían si supieran que nos habíamos sacado una lotería.

—¡Les daría con la puerta en la cara! dijo mi mujer con ira y desesperación. —¿Lo harías? — ¡Te lo juro por la memoria de mi madre! — No lo olvides. Vamos á la sala. — En cuanto entremos y hable á mi amigo, este se rió y dijo: Señora, ruego á usted que no me mire como acreedor. Soy un amigo...

—Desde entonces me vi libre de los parientes de mi mujer.

Cada vez que me ven ir por la calle, si ellos vienen en la misma dirección, y no pueden tomar otra, se ocultan en un zaguan hasta que paso.

Haz tú la misma prueba y si no te sale bien, no me honres más con tu confianza.

—Encuentro la comedia muy de mi gusto; tú serás mi acreedor. — Perfectamente. — Al otro día, se repitió la obra por segunda vez, y tuvo el mismo éxito que la primera.

Los dos amigos se reían ayer, caminando juntos por la calle Victoria, mientras decía uno de ellos:

—Al fin me veo libre de los parientes de mi mujer. La pobreza es fuerte espantapájaros.

Ollos forzáos

Ya t'estás poniendo atrevidáso, como diputao reléto, y es güeno que tratés é correjirte, ¿sabés Vitoriano?

—No sé cual será la rasón que tengás pá venirme con esos bolasos—ché, Merensiano.

Que yo le háiga contestáso como debía á ese otário, no és asunto pá que me dentrés á retar vós tamién.

Sabés que á náides li almito sobarbadás y si fueras otro qu'el que sós, y estora andébamós prendidos barriendo el suelo con los matambres.

—¡Ya t'enojastes y agarrastes pál láo el terbladerall!—Rumbiá p'este láo y venite á las güenas, pá que podamos conversarla.

—Nó, ché, es que vós abusás porque sabés que te apresé y tés fryiendo los chinchulines como si juesen pejerréses.

¡No confundás retreta con serenata!

—De las aligaciones no vamos á sacar ni médio.

P'asemos al cuarto el médio, como dice el Presidente é los diputados.

—Vamonós pánde querás, án que sea al boliche é l'orilla, pá charlarla á gusto, mojado el gañote.

Aquí en este bolisico tengo un pesote güerfano é padre y mádre: lo acerémós que si ajunte con algún otro el pulpero pá que no s'entristesca el pobre, viviendo tan solito y abandonao é la familia.

—¡Me gusta el trato!—Mozo, echés dos melmútes, en vaso grande, y traigás é el biter y la soda pá que le dentremos, á la sordina, n'este rinconsito qu'está médio oscuro.

Tóme, cobrés y no me traiga güelto hasta que li avise, por si le seguimos pegando á l'estofáso.

—¿Tefijastes, ché, cuando vido el nál, cómo se l'encandilaron los ojos al gringo? Se li hasia que se l'iban á dir de la mugrienta, esa baquiana, p'echarle agua á la caña.

¿Porqué serán tan interesaos por la plata estos grévanos, ché?

—Son ansina no más, dende chicos: de nacionalidá avarientos.

No lo hacen por el peso... sinó por los cien sentavos.

—Mi hán dicho q'estuviste é baile l'otra noche, porqué saliste é padrino dí un chico é tu comadre Dorotea. —¿Es cierto hermano?

—No ti hán mentio—me vide en ese compromiso.

Yo no sabia pánde agarrar, cuándo me pialaron de paráo no más.—Ni tiempo pá cuerpiarles me dejaron.

Pá mejor, ando cortáso. Tuve que andar en peñarandas con mis riendas y el bosalejo que le gané al tartamudo, á la taba. Eso jué lo que me sacó el apuro; denó no sé como miarrégo con ese trabucaso impensáso.

—¡En más dí una d'esas ti hás dí velt! Perdonando el sacramento, tu compadre y su familia, son d'esas rilaiones que le yeban á uno un poco en la mano y lo demás nel buche.

—Son güenos pá todo: pá pecho y pá la sincha—muy máulas pá laderos.

—Ansina no más és; tenés razón—ro háti qui negario. Tó elvesindario lo sabe prácticaménte.

—¡La bolada es que ya éso pasó y entuavía vivo! Ya pá otra le jugaré gambetas, y más que gaücho tendrá que ser pá que me ponga las caronas sin maniarne.

—¿Y ligaste algo nel bailongo?

—Casé una grandota; paresia talquina. Li hablaba á las paletas.—no me daba pá más el petiso—é mi cuerpo.

Se ráiba la jente lo que nos via prendios —Yó tan chiquito, con una mujerona pá cuatro cubiertos. Largota, como palo enjabonáso.

L'apalabré, quedamos arregláos y si te vide no mi acuerdo;—me l'hise perdiz.

Eso jué lo que pasó.—Yo lo hise pá pasar la noche;—sinó bailaba m'iban haser tocar l'acordiona y d'ese manera no se acordaron en tuita la noche que yo manejava l'estrumento.

A la madrugada cada chancho agarró pá su chiquero. Dénde entónse, no hé güelto puél rancho e mi comadre a ver el ahijao;—n! pienso de volver — pá evirtarme otro pecho.

BIBERÓN.

La Plata, Julio 1907.



A Diana

Canto, porque se me antoja,
 á la seductora luna,
 astro cuya luz arroja
 una espléndida fortuna
 de rayos de blanca plata;
 astro al que han dado la lata,
 sin parsimonia ninguna,
 desde el preclaro Zorrilla
 en cálidos ovillojos,
 hasta los bardos malejos
 señores de arpa... y cuchilla.
 Canto á la luna argentada
 que es una luna platada,
 pues en lengua afrancesada
argent es plata, no hay duda.
 Canto á la luna, señora
 de los llanos y los cerros,
 á quien ladran en mal hora
 los poetas... y los perros.
 Canto á la lírica Diana,
 á Selene caprichosa,
 á la mística sultana,
 á la vagabunda hermosa;
 á la virgen paseandera,
 á la gentil decadente...
 á la... ¿Qué dirá la gente
 de la celeste viajera,
 al ver la forma profana
 con que la trata un poeta,
 que á ella la llama veleta
 y él dice llamarse Andana?...
 Dejemos la forma burda
 y empleemos otro lenguaje,
 que no es ninguna palurda
 que merezca tal ultraje.
 Busquemos, cabe la lira,
 estrofas altisonantes,
 alguna dulce mentira
 que nos deje por galantes.
 «¡Oh, luna!»—es esta la forma
 de dirigirse á la luna.—

¡Oh, luna, tu eres la horma
 de mi alma sin fortuna!
 Tu acariciador reflejo
 me causa suave alegría,
 ¡pero que mejor sería
 si fueras luna de espejo!
 En algún trágico apuro
 pudieras talvez brillar.
 Jamás te habría de empañar,
 digo empañar, ¡te lo juro!
 Cuando la suerte inconstante
 sin un cuarto me dejara,
 sin mirar tu dulce cara
 diría ¡cuarto menguante!
 Y si la fortuna riente,
 algunos duros me diera,
 justo es que en tu cara viera
 que estábamos en creciente.
 Y si aún fuera tan buena
 como hermosa la fortuna
 para mí serías ¡oh luna!
 una gentil luna llena.
 Se que tus ojos son tiernos,
 y se que de las mujeres
 la más adorable eres
 ¡pero me asustan tus cuernos!
 Y hasta me temo á conciencia
 que siendo tan veleidosa,
 me dejes. Selene hermosa
 ¡á la luna de Valencial!
 Y se que aunque muy simpática
 por naturales razones,
 te encuentran los corazones
 un poquitito *lunática*.
 Y que es tal tu desvario
 cuando estás algo importuna
 ¡qué te agarras cada luna
 de padre y muy señor mío!
 Así es que sideralmente
 rehuso hacerte mi señora...
 Pienso estarme desde ahora
 siempre *al sol que mas caliente*».

MARCIAL SATÉLITE.



De estos es que precisamos,
 más que de guerra mercantes,
 para que no sea como antes
 el tráfico en la Nación,

donde si ferrocarriles
 se precisan por doquiera,
 precisan de igual manera
 los ríos navegación.

En la Selva

(Para Mariuja Demartini, ejemplo de alma noble.)

Bella es la selva, ¡oh Mariuja hermosa!
La brisa aromas al pasar nos brinda;
Lejos del vano y mundanal bullicio,
Aquí tranquilo el corazón respira.

¿Ves, media oculto en los gróncos veriles
De aquel florido pabellón de ramas...?
Alegre nido la paloma tiene,
Para ella el tiempo venturoso pasa.

Si quieres ver los pichoncitos tiernos
Sabre su lecho de ramitas secas,
Acércate do están, tu voz es dulce,
Amedrantarlos con tu voz no temas.

¿Ves cómo duermen en su pobre cuna
Las infantiles, inocentes aves,
Cómo les presta la cobija blanda
De su plumaje la amorosa madre?

Madre bendita! ya sus ojos cierra,
Cierra y entreañe, de velar cansados;
Lucha el cariño maternal y el sueño,
Y al fin se duerme sin temores vanos!

Feliz descausa la paloma siempre,
Su más riqueza es su toco nido,
Y algunos rayos de ese sol del cielo
Que la calienta en el invierno frío.

Hogar pequeño, la paloma tiene,
Mas donde nada miraras vacío;
Apenas cabe en su recinto estrecho
La madre amante con sus tiernos hijos.

Hogar modesto, pero que es bastante,
En donde es grato y apacible el sueño,
Bonde cual flor ante la luz del alba
Despierta siempre el corazón contento.

¿A qué otro nido más lujoso y grande,
Si va como de paso por la selva...?
Si sus pichones como hermanos se aman,
Y ella arrullarlos... nada más anhela!

¡Qué ejemplo al hombre! pasajeros somos
Cual la paloma, en la finita tierra,

Y ambicionamos por hogar, palacios...
Cuando la muerte nos acecha hambrienta!

Y al horizonte del vivir futuro
Con sueños siempre de ambición y de oro
Nuestra alma loca la mirada lanza...
¡Jamás hallamos el presente hermoso!

¡Más luz, más aire, más extenso espacio,
Riquezas, glorias... para ser feliz!...
¡Una humanidad, ¡para que tanto,
Si como la paloma hay que morir!

Roche, Julio de 1907.

LOGRO.

Erotismo

Yo vengo a recoger de tus suspiros
Las ternezas de amor para mi lira,
Como la brisa leda en raudos giros
Perfume de la flor por quien delira.

Tu nombre estremeciendo el labio mio,
Pendiente está de mi ternura inmensa,
Cual cristalina gota de rocío
Que está temblando de una flor suspensa.

¡Oh! tú mi bella, espiritual princesa
Que invoca siempre mi amoroso exceso,
Ardiendo mi alma de pasión te besa
Y en cada beso... te suplica un beso.

Se eclipsarán temblando las estrellas
Al fulgor de tus ojos seductores
Cuando me miren tus pupilas bellas...
¡Astros del cielo azul de mis amores!

Tu qué al fiat lux de tus pupilas creas
De hemisferios de amor un universo,
El númen has de ser de mis ideas,
E! polen de las flores de mi verso.

L. JUAN LANDÓ.



Pucha! los gringos,
con cada invento
que es como viento
pa disparar,
y que al cristiano
de más aguante
á cada instante
lo hace cuerpilar.

Chonociles y hírcos,
se llaman esas pavadas
que necesitan cuerpiladas
en cuanto se ven venir,
pues las tales maquinarias
no respetan osamentas,
en cuanto bufan recetas
sin dar tiempo ni pa jair.

Que maquinarias, cancio!
será adelante, no ha duda,
será cosa macanuda
el progreso nacional,
pero diariamente mandan
entre chácota y chácota
con alguna pata rota
algún pobre al hospital.

A la memoria de mi esposa

EN EL ANIVERSARIO DE SU SANTO

Hoy era la gran fiesta, amada mía,
la que mas tus instintos halagaba,
la fiesta del amor, en que te daba
cada cual de sus labios la ambrosia;
tu boca de cereza sonreía,
y yo con castos besos la sellaba
mientras que venturoso te ofrendaba
mis regalos: violetas y poesia.

Hoy te ofrendo mis lágrimas de duelo
por que miramos el hogar desierto;
¡aquella dicha para siempre ha muerto
y el ángel del hogar esta en el cielo!
¡Oh triste realidad! soné despierto
y nada presta al corazón consuelo!

ALCIDES DE MARÍA.

Julio 14 de 1907.

Diálogos macanudos

(Para el criollo de ley Joaquín P.
Machado—Estancia de «El Ombú»
—Treinta y Tres.)

Mucho tiempo hace paisano,
que no agarro el instrumento:
acalambrao ya me siento
y hasta sin yeito en la mano.
Supe ser medio baquiano
allá por mi mocedad...
y bien lo recordará
por tradición de su agüelo:
¡Era más ave de vuelo
que el más arisco chajá!

—¿Y con eso que me cuenta?
Todo lo que fué, pasó...
y ahora le pregunto yo:
¿quién viaja en una osamenta?
Pues si grande fué su menta
no ha de ponerme entre rejas:
que en eso de cosas viejas
soy como libro de Historia...
¡déle campo á esa memoria
y alborote sus abejas!

—Por más que se viene al bulto,
yo me contengo y le amago:
¡jamás en mis pleitos hago
arma, amigo, del insulto!
Pues si no soy hombre culto
tengo al menos dinidá...
pero en fin... no importa ya:
usté es jóven y no sabe
por dónde ha andao esta nave...
oiga, pues, lo que allá va:

Usted, amigo, resbala
dónde menos barril huy...
¡yo conocí el Uruguay
trillo de hacienda baguala!
Hubo una seca tan mala
allá en el año cuarenta...
y sáqueme vd. la cuenta
de lo que este indio relata:
¡la hacienda bajaba al Plata
como nubes de tormenta!

—¿Eso le asombra, paisano?
¡no vidó lo que yo, he vistó!
Y se lo juro por Cristo
y por mi fé de cristiano.
¡Cómo llovió aquel verano!
¡cuánta bárbara crecientel
Cabrestiendo en la corriente
vide ranchos, toros, cerros...
¡Y á tío Miguel con los perros
preguntando por su gente!

Mire si fué lo que digo,
y pa que vea que no miento:
¡ahí está un departamento
que lo poudré por testigo!
Yo le agaranto, mi amigo,
por esta luz que aquí ve,
que muy poco quedó en pie...
y despues de esos rigores
¡llamaron Isla de Flores
á un cerro de San José!

—Pa hacer treinta ¡treinta y una!
y diré como aquel otro:
¿Vd. nunca llevó un potró
á sofrenarlo en la tuua?
Una ocasión la fortuna,
que ojalá en Vd. despierte,
puso en juego con la muerte
tuito el caudal de mi vida:
hice al flete una partida...
¿Y adivine Vd. mi suerte!

Ah! paisano, qué rodada
pegué contra el astro aquel,
amarillo cual pastel!
hecho con yema quemada!
Llegué al fin de la jornada,
medio borracho, por cierto,
y al verme en aquel desierto
sin aguadas, sin verdura...
¡me tendí en una lianura
resuelto ya á echarme á muerto!

Redepente lanzó el ruano
un relincho como trueno
y una fué ponerle el freno
y atar la rienda á la mano.
Manté aquel flete liviano,
pues olvidé hasta el apero:
me apreté bien el sombrero...
volviendo á cerrarle piernas...
¡Y adios... regiones eternas:
voy donde sopla el pampero!

¿Dónde cree Vd. que cai
como ariolito sin rumbo?
¡Virgen Santa!... con un tumbo
tan bárbaro recibí!
Mire... paisano, fué allí...
¡no alcanza á ver la laguna
que fué mi segunda cuna?
—Ah!... la Laguna del Diario.
—¡Ella adorna este escenario
Dénde que cai de la luna.

EL GAUCHO CIMARRÓN.

Rincón del Diario (Maldonado), Julio de 1907.



Amor

No me abandones todavía; concé-
me una hora más. Ah! no sabes cuán
desolada queda esta modesta habita-

ción apenas termina cada una de tus
periódicas visitas!
Vamos, ahí están los cajones de mis

muebles, sigue revolviéndolos; ahí tienes también mis chirimbolos, mis viejos utensilios, continúa vertiendo sobre ellos la gracia de tus burlas y las ondas sonoras de tus cristalinas carcajadas...

¡Qué admirable eres! Por cierto que tú, al contrario de tantas otras, no pondrás nunca en mi alma, ni el disgusto de la hartura, ni el plomo del hastío.

En las benditas horas que permaneces á mi lado, tu eterno buen humor se apodera de mi espíritu y lo seduce y lo transforma. ¿Quién que conozca mi natural reflexivo, mi pálida sonrisa, dejaría de asombrarse viéndome en tu compañía interesarme en cosas pueriles, reír á carcajadas con el aspecto de un niño á quien las tristezas de la vida no han velado la mirada ni ensombrecido la frente?...

Y ¿qué decir de tus exquisiteces de amante y compañera? Tú bien lo sabes: ellas me hacen hablar con el intenso lirismo de un poeta, y ponen en mi alma esa fuerza impulsiva, que ora me arroja á tus plantas, ansioso de contemplar de rodillas, con adoración, tu bellísimo rostro; ora me impelen á tus brazos, con deseos delirantes de dejar un mundo de besos en las ondas de tus cabellos y en la roja pincelada de tus labios tentadores.

Y ¡si supieras que extraños parecerían también en mí estos desbordos de sentimiento!... El por qué es toda una historia. Nacido para amar, no con la tibieza y la vulgaridad generales, sino con infinito apasionamiento, y en medio de esos poéticos transportes que el arte nos enseña ¡cuánto he buscado la mujer que habría de hacer posible la expansión de mi naturaleza! Unos ojos con cierta luz de ensueño, el tinte lejano de una sonrisa, cualquier otro indicio de idealidad, provocaban en mi alma un florecimiento de la esperanza, y lanzábame á la conquista de lo que yo imaginaba ser el objeto de mis ansias. Pero muy pronto, á las primeras frases remolcadoras de gestos y de ideas, me convencía de que era césped aquello que mi imaginación, relacionándolo con el suelo, viera con proporciones de palmera. Entonces, con la creencia cada vez más robusta de llevarme á la tumba mis románticas aspiraciones, no tardaba en abandonar mi empresa, y como lógico resultado de mis displicencias, de esa invencible parálisis que suele apoderarse del espíritu por causa de la desigualdad ó del antagonismo de los temperamentos, dejaba en pos de mí la desagradable impresión que produce un ser raro é insensible.

¡Qué nostálgica, qué amargamente inquieta se deslizaba entonces mi existencia!

Pero un día, tu luminosa individualidad apareció en mi camino. ¿Para qué decir que hallé en tí desde el primer instante la mujer ensoñada, el serafín, á quien debía amar con pasión infinita y con exuberante lirismo?

Ah! bendita seas tú, que en lugar de mis antiguas desazones has puesto en mi alma la inapreciable tranquilidad del cumplimiento de un destino anhelado; que en vez de turbios mirajes de la vida y de los seres, me has llenado de dulcísimos pensares, hermosamente embriagadores...

Pero ¿qué es eso? ¿tiemblas?... A influjo de la emoción, siempre te sucede lo mismo cuando mi ternura desborda en hermosa cascada de frases...

A que no te vas ahora?..

Ven á mis brazos, dulce vibradora mía; quiero unir mis labios á tus labios en un beso de gloria y de amor infinito.

ALVARO ALVAREZ.

Cambiando la tropilía

—¿Diãnde viene tan sudão, con el mancarrõn trasijão?

—Del cañadõn, amigo Clemente—no vé la derisïon que traigo?

Jut á rejuntar la tropilía el entrepelão qué s'estã querensiendo pu ayí, y que me dá un trabajo bárbaro pá traírla tó los días qui amanes.

La vía tener que trabar á la madrina pá no tener qui andar como maleta é pobre, tuitas las mañanas é Dios.

—Güen trabajo vé agarrar al fudo, don Godoy. Pá mí, si fueran mios los animalitos, me desaseria d'ellos, pá que otro los lidiase. Son muchas mingas pá un hombre sôlo; de trabajo com'usté.

—Pasensia; mientras los tenga m'em-bromaré, más dispúes veremos lo qui hago con ellos.

—Abajés si gusta, qu'entuavía no li echao los perros, pá que no se dé contra el suelo.

Até su sainito n'el palenque é las tamberas, y dentre pá que la yerbiemos.

¿Cómo le jué en la venta é la lanita?

—¡Mal, amigo; bien disen que los criollos no tenemos suerte!

Mientras el gringo el boliche vendió la suya, tóa susia, con barriga y cascárria, á 8 pesos los 10 kilos, á mí no me quisieron pagar más que saís ochenta.

—Ojga, compañero, esa no es razon é fundamento.

Pué que la del nasión juese más mejor que la suya.

—Pero, don Clemente ¿no se li ocurre que si ansina juera, yo no abriría el osico pá rebusnar?

—¡Es que cad'uno cré que lo dí uno es lo mejor!

¿Y que tal su maísito?

Me ha parecio güenaso, lo que pasé puéi camino, ayer á l'oracionsita.

—Nos tá malol pero le tengo chuchó á una d'esas heladas machasas que saben cáir cuand'uno menos piensa.

—¡Pá ayá me las dé Dios! que si uno b'astar pensando en que le pué cáir el techo el rancho, siempre andaría mesquinándole á la jeringa.

—Usté á tó li alla compostura; parese que juera compositor; de oficio carre-rista.

—¡Y dí ahí, me parese que está de-

más andarse atajando antes que li amaguen, porqué cuando le tiren endevéras, lo agarran cansáo en las falsas partidas y no pué defenderse é los viandasos que li apuntan al buche.

¿Hace mucho que no vá pái pueblo?

—A lo menos dos meses, pasaos é la talla, y si li é desir verdá no l'estraño; porqué hoy día, las riuniones dí amigos, en poblao, no sirven sinó pa dijustos.

—¿Cuénteme, li há pasáo algo pá que diga ansina?

—Nada é fundamento amigo; pero ya ésto pá choriso vá siendo largo y lo vía cortar aquí, astotra ocasión que me li aparesca persiguiendo la tropilla. Adiós don Clemente.

—Adios, amigo, que li vaya güeno.

B BERÓN.

La Plata, Julio 1907.

Las heladas del invierno sus rigores acrecientan, los pastisales del campo por la mañana blanquean, sopla el céfiro glacial, los arroyos se congelan y los pájaros del monte tarde ya sus nidos dejan para ir en busca del grano que sus cuerpos alimenta.

El campo yace sin galas, se cubre con hojas secas, y el paciente agricultor para entibiar su vivienda, vuelve, junto con el hijo, con su carguero de leña que ha de alegrar el hogar donde su prole lo espera y la esposa, diligente para preparar la cena, el alimento frugal que los nutre y los alegra.

Siempre hay dicha relativa para el que labra la tierra si es hombre trabajador que cuida bien su cosecha porque sabe cuánto rinde, cuánto vale y cuánto cuesta.

En casa del buen rural cuando el invierno se acerca nunca faltan los tubérculos, el grano, la fruta seca, algún ciento de zapallos y algunas aves caseras que bien cuidadas producen alguna pequeña renta, amen de alguna vaquita que de leche y de manteca puede surtir á la prole dándole buenas merendadas, de las que animan y engordan, buenos almuerzos y cenas.

¡Dichoso del labrador que con constancia y paciencia tiene fe en el porvenir cuando cultiva su tierra!



G. CLAUSEN, 1885.

Pico á pico

—¡Mozo!... ¡Mozo!...
 —¡Cómo le va, señor!...
 —¡Muy bien!... ¡Muy bien!... ¡Traigo un apetito fenomenal!...
 —Ta claro, el viaje...
 —Tráigame usted de almorzar.
 —¿Y viene dende muy lejos?
 —¡De los quintos infiernos!... ¡Hoy sería capaz de comerme una ternera!
 —¡Me alegro mucho!... ¿Usted siempre anda viajando?...
 —Soy corredor de ferretería: tengo que caminar toda la República...
 —Con qué... ¿de ferretería?...
 —Es verdad; pero apúrese mozo, que me muero de hambre!
 —El aire del campo es el mejor de los biteres...



—¡Muévase usted, mozo, que el ferrocarril no espera!
 —La verdad que no espera: estos ferrocarrileros son la ruina de los que tenemos fonda.
 —Ah!... ¿es usted el dueño de esta casa?
 —Pa servirlo. Los dependientes son aquéllos; pero yo también suelo servir á los marchantes que me resultan simpáticos...
 —Gracias, patrón!... Crea usted que le agradeceré infinito que me apure el almuerzo...
 —Cómo no!... ¿Y qué desea el señor que le mande preparar?
 —¡Preparad!... ¿No sabe usted que el tren demora solo 15 minutos?...
 —Como quiere que lo ignore, si hace cuatro años que tengo esta casa;

pero, en un cuarto de hora, hay tiempo de sobra para almorzar y dormir la siesta.

—Según sea el cliente. Usted no me conoce á mí: yo como extraordinariamente!...

—Sí, señor; yo lo conozco...

—No es extraño, como soy corredor...

—Sí, de... ferretería...

—Pero, patrón, ¡por Dios!, ¿usted quiere que me muera de angustias?...

—¡No faltaría otra cosa!

—¡Por caridad!... Deme usted la lista...

—Sí, señor; aquí la tiene; ¿qué se va á servir?...

—A ver... á ver...

—¿Quiere una sopita bien caliente?

—No, no!... Se me va á pasar al cuarto de hora en enfriarla!...

Deme usted flambres surtidos; pero bien surtidos...

—¡Caramba, señor!... los flambres se han acabao...

—Paciencia!... Sírvame usted un puchero á la criolla.

—Pero que fatalidad, señor!... el pucherete se ha concluido...

—Caracoles!... ¡Esto ya va siendo cargante!... Entonces tráigame usted un plato doble de carbonada...

—¿Quiere carbonada?...

—¡Supongo que no se le habrá concluido!

—No, hasta áura náides la ha tocado...

—¡Gracias á Dios!

—Pero es el caso que á mí no me gusta engañar á la clientela: la carbonada nos ha salido una porquería, y yo no quiero que náides se vaya disgustado de mi fonda!...

—¡Esto ya es insoportable! ¿Usted se quiere reír de mí?

—¡Dios me libre, señor!

—¿Pero usted ignora quien soy yo?

—Ya le he dicho que lo conozco...

—Acabemos de una vez: ¿tiene usted algo de comer en esta casa?

—Pero si pa eso le traje la lista...

—¡Pues como no me trague el papel!... En fin, tráigame usted lo que quiera; pero que sea de carne: bifés, asado, costillas, ¡lo que quiera!... ¡lo que pueda! ¡lo que sea!... ¡Lo llevaré envuelto en un diario!

—¿De carne?... Ripare usted, señor que estamos en cuaremas, y que en el campo semos cristianos...

—¡Esto ya es burlarse de uno!...

¡Esto es un insulto!...

—¡No crea eso, señor!... Puede usted pedir alguna otra cosita...

—¡Y qué debo pedir en este miserable boliche!

—Yo creo que lo que usted debe... pedir, es... ¡la cuenta!...

—¡¡La cuenta!!... ¿Aquí se cobra la conversación?...

—No, señor; aquí se cobra la comida.

—¿Y qué me ha dado de comer usted ahora?

—Aura, nada; pero le di almuerzo pa tres en el otro viaje, ¿se acuerda? y usted, pa más señas, no me pagó la cuenta...

—¡Es usted un insolente!... ¡Ha querido usted dejarme sin comer!...

—¡Pa eso, la otra ocasión, me dejó usted sin comida!

—Ah!!!... si no se fuera el ferrocarril tan pronto...

—¡Se revienta de hambre, por embrollín.

—Adiós!!... ¡Nos volveremos á encontrar!... ¡¡Ya le haré probar mis artículos de ferretería!!

—¡Gracias!... ¡Gracias!... ¡¡Me basta con la muestra de sus clavos!...

INDIO JESÚS.

Boşquejos gauchos

EL PAYADOR

Yo soy el ósculo errante
que busca un labio de rosa,
soy la nota cadenciosa
de mi guitarra vibrante;
soy el rumor incesante
de las fuentes cristalinas;
yo lanzo quejas divinas
que nacen del corazón
y soy la hermosa ilusión
de las almas peregrinas.

Yo soy el pária cantor
cuando un pesar le desgarra
y solloza en su guitarra
porque nació payador;
yo soy aquel trovador
que el llano con flores riega,
el que á la gloria se entrega
cantando sus triunfos ciertos;
el gemir de los desiertos,
la sombra de Santos Vega.

Yo nací como las flores
para ofrendar su fragancia
engalanando la estancia
de los seres seductores;
yo nací con los fulgores
de un sol fuerte, abrasador,
y nací para el dolor

disipado entre ternezas
con las sublimes bellezas
que dió al poeta el Creador.

Yo nací para cantar
con ritmos y acentos suaves,
igual que cantan las aves
á un hermoso despertar;
yo nací para alegrar
los enfermos corazones,
reanimar nuevas pasiones
en los pechos palpitantes,
lornándolos como ántes
en un volcán de ilusiones.

Yo nací para gemir
el dolor que en mí se amarra
y abrazado á la guitarra
brindando flores, morir;
yo nací para seguir
la doctrina del paisano
que representa en el llano
de la pampa, y en los Andes
todos los estilos grandes
del cantor americano.

LEOPOLDO RODRIGUEZ.

Buenos Aires, Julio 9 de 1907.

Campera

Quisiera ser la alborada
que en las mañanas de enero
pasa besando el alero
de tu querida morada;
ser de tu rancho enramada
donde se posa el zorzal,
de tu jardín el rosal
para incitar tu sonrisa,
y de tu frente la brisa
que te acaricia al pasar.

Quisiera ser los colores
de la tarde que declina;
ser la calandria que trina
al lamentar sus amores;
ser, á lo lejos, fulgores
para atraer tu mirada;
ser del arroyo cascada,
para llamar tu atención;
parecerme á la visión,
de tu mente enamorada.

Quisiera ser en la noche,
ángel que vela tu sueño;
de tu corazón el dueño
y de tu corpiño el broche,
de tu cariño el reproche
y de tu cara de aurora,
la madrugada que dorá;
el trebol de la quebrada,
de tus ojos llamarada
y de tus labios titora

E. MARIANI.

Origen de hombres célebres

Para divertimento de los tontos que creen que se rebajan por descender de simples artesanos ó personas que han vivido en la pobreza, ahí va esa relación del origen de muchos hombres célebres del mundo, sin contar con algunos de los nuestros en el orden militar, civil y eclesiástico, que por ser demasiado conocidos no hay necesidad de nombrar.

Y vayan contando:

Homero, fué hijo de un labrador.

Virgilio, hijo de un zapatero.

Horacio, hijo de un tendero.

Milton, hijo de un escribano público.

Colón, hijo de un cardador de lana.

Esope, fué esclavo en su juventud.

Moliere, fué sastre.

Etoprides, fué hijo de una verdulera.

Cook, el gran navegante, fué hijo de un sirviente.

Linneo, famosísimo naturalista, fué aprendiz zapatero.

Cervantes, fué un simple soldado.

Démostenes, fué hijo de un cuchillero.

Oscar, el célebre filántropo, fué tendero.

El Cardenal *Francisco Javier de Cisneros*, fué pastor de cerdos.

Bernardotte, Rey de Suecia, fué hijo de un panadero.

Franklin, era hijo de un jabonero, y al mismo tiempo aprendió este oficio y el de impresor.

Boticario, fué boticario.

Cincinnati, era labrador.

Massena, fué simple soldado.

Sual, fué hijo de un choricero.

Lincoln, fué botero y leñador.

Jonhson, fué sastre.

Grant, fué curtidor de cueros.

Garfield, fué hijo de un pobre labrador.

Vanderbilt, el molinero americano, fué botero.

Y *Jesucristo* nació en un pesebre.

"Libros Parlantes" ó "Biblioteca Uruguaya"

(Complets del Monaguillo y el Sacristán)

SACRIS. —Yo soy un sacristán ..

¡Tin tin!... ¡Tin. tán!

MONAG. Yo un monaguillo soy...

¡Tin, tin!... ¡Tin, tón!

SACRIS. —Mi oficio es el tocar...

¡Tilin, tilán!

MONAG. —Lo mismo toco yo,

porque eso no es pecar! ..

¡Tilin, tilin, tilin, tilin!

¡Talan, talán talán, talán!

SACRIS. —Todas las tardes

repicar y repicar...

¡Talan, talán!

¡Tilin, tilin, tilin, tilin!

¡Talan, talán, talán, talán!

MONAG. —Y por la noche ..

Ya se pueden figurar!...

¡Talan talán!

SACRIS. —Muy cerca de la Unión...

¡Tin, tin...! ¡Tin, tón!...

MONAG. —Conozco un alemán...

¡Tin, tin!... ¡Tan, tán!...

SACRIS. —Un viejo barrigón...

¡Tin, tin!... ¡Tin, tón!...

MONAG. —Que se mantiene a pan,

mostasa y salchichón! ..

¡Tilin tilin, tilin tilin!

¡Talan, talán, talán, talán!

SACRIS. —Por donde quiera

que se corte al alemán...

¡Tilin tilin, tilin, tilin!

¡Talan talán, talán, talán!

MONAG. Sale un *sanguiche*

con el peso de un quintal!...

¡Talan, talán!

SACRIS. —Se casa *Serafin*...

¡Tin, tin!... ¡Tin, tin! ..

MONAG. Con *Marta Perelló*...

¡Tin, tin!... ¡Ton tón!...

SACRIS. —Y ayer a su *budin* ..

¡Tilin tilin!

MONAG. La casa le amuebló

con un lujo sin fin!

¡Tilin, tilin, tilin, tilin!...

¡Tolón, tolón, tolón, tolón! ..

SACRIS. —Los ricos muebles

que a *Martita* regaló.

¡Tilin, tilin, tilin, tilin!...

¡Tolón, tolón, tolón, tolón!...

MONAG. —En el *REMATE*

DE *MONTAUTI* los compró!...

¡Tolón, tolón!...

OJO... OJO... ¡NO CONFUNDIR! ¡GRAN CASA DE VENTAS A PRECIO DE REMATE, CALLE ZABALA, 155 SUCURSILA MONTAUTI, SIN SUCURSAL! — ¡MUCHO OJO! — NO CONFUNDIR! — ¡SIN SUCURSAL! — Allí encontrarán juegos de dormitorio, sala, comedores etc., de cuanto estilo y clase pueda haber y haber habido, lámparas, alfombras, camineros, espejos, cuadros, escritorios, saliveras y artículos sin fin A precio de remate! *Zabala 155 No confundirse.* — ¡Casa sin sucursal! ¡Mucho ojo!

CASA ROSSI AVENIDA 18 DE JULIO, 389. — Montevideo.

Cecilio Pérez COMISIONISTA. — Se encarga de compra y venta de ganados de todas clases. — Calle Continación Orillas del Plata núm. 296. — Montevideo.

Cafe, Confiteria y Billar «CONDAL», de Antonio Roca. — Casa especial en masas y bebidas finas. — Servicio completo para casamientos, bautismos, luncheos, banquetes y sociedades. — Avenida 18 de Julio, 251.

Segunda carnicería "La Sorpresa" de Ramón Pogbala 185. — Surtido general de artículos del ramo de primera calidad. Se lleva a domicilio.

H. Figueredo Modas y novedades, especialidades en confecciones, Tules, plumas, flores. — San José, 133. Montevideo.

Peluquería "a Moderna" De José Montanaro. S. r. vicio esmerado — 419 Colonia entre Tacuarembó y Piedra — Montevideo.

Café Brasil De MODESTO ACOSTA. — Rondeau 281 y 283. — Especialidad en café Brasil, Moka y cacahillo. Minuta a toda hora, bebida en general.



Aperitivo higiénico reconstituyente de la sangre.
 Recetado por todos los primeros facultativos.

Librairie C. REINWALD — SCHLEICHER FRÈRES, Éditeurs
 PARIS — 61, Rue des Saints-Pères, 61 — PARIS

BIBLIOTHÈQUE RATIONALISTE

Ernest HAECKEL	Charles DARWIN
Les Merveilles de la Vie, En volume grand in-8. 2 50	L'Origine des Espèces, En volume grand in-8. 2 50
Les Énigmes de l'Univers, En volume in-8 écu. 2 »	Louis BUCHNER
Religion et Évolution, En volume in-8 écu. 1 50	Force et Matière, En volume in-8 écu. 2 »
Origine de l'Homme, En volume in-8 écu. 1 »	Guillaume BOLSCHÉ
Le Monisme, En volume in-8 écu. 2 »	Descendance de l'Homme, En vol. in-8 écu av. figures. 1 50
	Arnold DODEL
	Moïse ou Darwin? En volume in-8. 1 50

A los Fruticultores, Viticultores y Avicultores

que quieran obtener la fruta mejor y más sana obteniendo, naturalmente, los mejores precios, dirijanse al

“VERITAS”

y allí se les proporcionará los funguicidas, insecticidas y las mas perfeccionadas máquinas AMERICANAS para aplicar esos indispensables remedios

Si la fruta de sus cosechas sobrepasa la demanda, no la malbaraten, ni la dejen perder, dirijanse al

“VERITAS”

y allí les darán los medios para poderla disecar fácilmente y venderla así á precios elevados durante todo el año

Bombas americanas, montadas sobre ruedas ó á la espalda para bañar y refrescar toros, vacas, caballos y otros animales finos.

Incubadoras Cyphers.—Material completo de incubación

“LA AVICULTURA AL ALCANCE DE TODOS”

Enseña todo lo que se relaciona con la cria artificial de las aves domésticas y medio racional de criarlas. Precio porte pagado, \$ 0.60.

Napreol.—El mejor de los desinfectantes; olor agradable; precio módico; apropiado para casas de familia, quintas, sanatorios, etc.

Fulminador Cyphers.—Polvo insecticida eficaz; destruye instantaneamente los piojos, pulgas, chinches, garrapatas y toda clase de parásitos de las aves, perros, caballos, etc. Destruye y ahuyenta moscas y mosquitos.

Pulverizadores especiales para usarlo.

URUGUAY 231 — SMITH Y C. — URUGUAY 231

PERBIOTINA MALESTINA



El vigorizador más poderoso para
LOS NERVIOS, LOS MÚSCULOS Y LAS FIBRAS
El remedio sencillo
agradable y positivamente eficaz que devuelve
bajo una acción siempre constante y rápida
LA JUVENTUD AL CUERPO ENVEJECIDO
FUERZA AL ORGANISMO DÉBIL Y QUE REGENERA
TOTALMENTE
AL CEREBRO NEURASTÉNICO

UNICOS DEPOSITARIOS EN LA REPÚBLICA

SURRACCO Y FERRÚA

—Montevideo—

EL URUGUAYO

PARA COMPRAR METAL BLANCO

QUE DURE

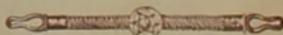
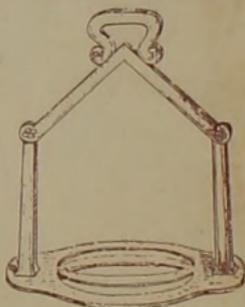


COMO PLATA

PIDASE



ESTA MARCA



BLIXEN Y CIA

JUAN CARLOS GOMEZ, 82 y 84

MONTEVIDEO